

Marco Pérez, de vuelta a los orígenes

Luis Marco Pérez, como tantos otros, para poder trabajar en lo suyo tuvo que irse de Cuenca. Desde Fuentelespino de Moya supo de la emigración por los caminos que van a Valencia. Un taller de imágenes lo lanzó definitivamente a la escultura. La Escuela de San Carlos y luego una pensión del Círculo de Bellas Artes levantino, que le pondría camino de Madrid, donde fija definitivamente su residencia.

Luis Marco Pérez fuma negro ininterrumpidamente y lamenta haber perdido la memoria para decirnos muchas cosas. Una lamparilla frágil a los últimos temporales que han azotado su contorno de hombre despreocupado ya por la vestimenta y socavado su talante recio, le permite como un don excepcional hablarnos de sus primeras medallas en los concursos: "Me las dieron por las dos cabezas esas de la vieja y la muchachita que va con el ciervo..." Ambas están en el Museo de Cuenca, como uno más de los regalos, de tantos regalos del autor.

El artifice de nuestra Semana Santa habla despacio, como si no pudiera con la cruel soledad en que ha quedado y de la que nos hablan, jalonando la conversación en tramos de desahogo, las lágrimas que se han escapado de sus ojos, ya



sin reflejos para sobreponerse. Las monturas de las gafas van pegadas por un trozo de papel cello, el chaleco se ha escapado de una tertulia de académicos, o de pintores, o de artistas, no de políticos, porque Marco dice que la política es para ejercerla y no para comentarla, "aun cuando yo he sido, en muchas oca-

siones, objeto de otras políticas". Generoso, aún hoy, para desmentir la fama de puño cerrado que dicen tienen las personas mayores, nos confiesa que entre sus alumnos salvaría a Leonardo Martínez Bueno, "aunque él a mí no me quiere ni me puede ver". A duras penas puede con un trago de cerveza, pero ha sido capaz de reflejar en el metal duro, el gesto curtido del pastor de las Huesas, cuyos cambios de emplazamiento no sabe a qué se deben. "Si ahora está ahí, estará bien" y nos enseña tres fotografías postales para demostrarnos que no es tan difícil hacer una foto a la que considera su mejor obra. "Siendo alcalde don Cayo Conversa me preguntó en qué material le daría forma definitiva y le dije que en bronce." El presupuesto del fundidor Codina estuvo al alcance de nuestro Ayuntamiento y el pastor se ha venido a la hoz del Huécar por ahora, como se vinieron en tiempos el San Andrés de la Oración en el Huerto o el Jesús de las seis de la mañana. Pero, ¿se ha fijado Marco Pérez en alguien para hacer el Judas? A buen seguro que sí, aunque no lo dice, como se ha fijado en San Pedro y como se fijó en la Facultad de Medicina de Valencia en las venas, los tendones, los músculos tensos, los cuerpos abatidos de la semana pasional o la cara de galán del San Juan. "Ahora creo que le llaman el Guapo..."

Le han encargado un nuevo paso para El Descendimiento y parece ser que hará la Santa Cena; tiene un boceto para el monumento a Alfonso VIII y admite con el respeto y la discreción del artista cualquier tendencia del arte. Acepta el hormigón, aun cuando él prefiera el embero, el pino nórdico o el de la tierra y nos promete que la Semana Santa conquense del 76 estrenará un nuevo paso, salido sin duda de sus talleres de Serrano, 92, donde podemos ir para verle trabajar. Le pedimos que nos explique el motivo por el que ha sido discurtido y nos dice: "Yo no le he hecho mal a nadie. Pregunta en la Escuela de Bellas Artes; allí te pueden decir cómo soy yo" y me habla de su discípulo predilecto, "un canario, Manolo Betancourt", de su admiración por Macho y Capuz, mientras su oficial vuelve a encenderle un nuevo cigarrillo, en sustitución del ya consumido, para asilo de su



necesidad, para sustitución de la gubia entre los dedos. Luis Marco, centenares de veces jurado de los concursos, protector de los que empiezan, se siente orgulloso de haber dado premios a Juan de Avalos, agradecido por el homenaje que Cuenca le tributara un día y satisfecho cuando, terminada la conversación en la que nunca quiso hablar de dinero, ni comentar las obras de sus compañeros, un taxista nos decía: "Pero, ¿quién de Cuenca no conoce a Marco Pérez? Ahí abajo está su calle..."

Marco, el emigrante, ha vuelto a Cuenca y ha echado muchas cosas de menos y alguna de más: "No hay derecho a que se toleren algunas de las casas de la calle de San Pedro...", pero ha prometido ver todo con más detenimiento, cuando vuelva en julio: "Sí... ahora todavía no está el tiempo bueno... cuando pase San Pedro ya será otra cosa..."

Juan de H.